



## EL FUSILADO

Al señor don Enrique de Olavarria y Ferrari.

El alba, un alba de espléndido colorido, comenzaba a dilatarse derrochando sus toques en el horizonte. . . . Allá flotaban los indecisos contornos de la bruma, destacados apenas en los matices delicados de las manchas de claridad en un fondo gris azulado que evocaba el recuerdo de las irisaciones del nácar. En la banda rosa del amanecer, la nube se teñía como un fantasma ensangrentado, como una túnica de novicia iluminada por un reflejo de incendio, errabundo Proteo que al capricho va del aire, ya pálido encaje, ya vivísimo copo que se disolvía por fin en un lago de blonda claridad. Una orla de lila invadía las fronteras dudosas de la noche, en cuyo fondo sombrío, llama de plata, la estrella del Boyero parpadeaba para perderse.

Y bajo aquel kaleidoscopio inmenso, bajo aquel poema matinal de la luz indecisa, como un contraste

despertaba la ciudad dormida, masa de sombras do se adivinaba sobre la confusión de los techos una silueta de torre o la curba armoniosa de las cúpulas, pero la luz no redimía la miseria del suburbio, que ruido por ruido, comenzaba a pulular tras el primer silbato de la fábrica, el primer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga.

Y la mirada, que veía una Beatriz de cándida veste en cada nube, la mirada, que languidecía perdiéndose en el Levante, olvidaba la ternura de los cielos ante esa mancha roja, la flama que pugnaba por brillar en la cárcel de vidrios opacos de un farol de suburbio aún encendido, contrastaba la tímida claridad de la madrugada, violentamente herida por las bandadas de luz que arrojaban a la acera las lámparas de petróleo de una panadería y de una tienda, ante las cuales con grandes canastas tiritaban los pilluelos.

Mal envueltos y tosiendo, barrían y regaban los porteros; un vendedor de te atizaba las brazas de la enorme cafetera en forma de casa, y un jaletinero pregonaba su mercancía con voz cansada.

El suburbio despertaba; la alborada creciente cincelaba con finísimos detalles aquel enjambre de casucas con techos de paja erizados de barbas, las barras torcidas de humildes palizadas, el poste encorvado que sostenía un farol roto, un árbol enfermo, un fleco de tules tendido de una pulquería, el santo de piedra de una esquina, y allá en lontananza, en el fondo del cuadro, cual si flotara como un islote de escoria en las incandescencias, envuelto por las nubes se erguía un crestón de montaña.

Las carretas escandalosas salían de los corrales, un mayordomo con bufanda y a caballo vigilaba el desfile; vaciaban en la banqueta el agua sucia de un figón, y una familia con blusas de viaje cerraba de

golpe la portezuela de un coche de alquiler, cargado en el pescante con un baúl maltrecho.

Numerosos peatones se dirigían al potrero cercano, eran los vecinos del barrio, desmañanados y que ya silbando, ya cantando o dialogando en voz alta, escandalizaban a las calles silenciosas. Allá a lo lejos, rumbo al centro, se adivinaba una masa negra, algo como una ola oscura que se adelantaba coronada por cortas flamas, que recordaban un trigal herido por el sol: aquel puntilleo eran las bayonetas de los soldados. Llegaban las primeras tropas. El rítmico marchar tenía algo de extraño en aquella hora; pronto se divisó un oficial a caballo y después la infantería con uniforme de gala, en cuyo fondo oscuro brillaba el metal de los botones.

Nuevas caravanas de transeuntes invadían las aceras, su andar era precipitado, la fatiga cortaba sus diálogos, bajaban al medio de la calle y rodeaban a la tropa; al parejo de ella, trotando, con el rebozo caído y el muchacho a la espalda, con grandes sombreros anchos, las soldaderas los seguían, escoltadas por sus perros que, locos, contentos, con la lengua de fuera, inquieta la cola y el paso ligero, esquivaban los puntapiés y los pisotones.

Algunos balcones y ventanas se entreabrían, caras descoloridas asomaban tras alzados visillos y en los zaguanes y dinteles de accesorias aparecían hombres curiosos envueltos en una frazada o en una manta, niños en camisa y mujeres friolentas.

Muy lejos sonaba una música, dominando un rumor creciente la caballería, que se acercaba al paso, confuso rumor de pisadas de herrados cascos, dioque de vainas y sables, sonar de guarniciones, estornudos de caballos y voces de mando. Nuevas tropas se les unían en las bocacalles para formar no sé qué pulular en forma de serpiente, largo cordón obscuro erizado de puntas metálicas.

Bien podía saberse lo que aquel aparato significaba, porque en todas las conversaciones se decía que en el llano, en el llano poco distante, iba a ser fusilado el corneta Margarito López.

Ya era de día. Un último harapo púrpura, un ce-laje bagabundo se perdía en la postrera raya de áurea transparencia. El sol retiraba su clámide de oro de las cosas, dejando al cuadro toda su pobreza. Ya podía verse la fealdad del arrabal, ese muladar de casas vetustas y ruinosas, las empolvadas paredes, las callejuelas tortuosas, la zanja a flor de tierra, surcada por esas vegetaciones pálidas, esa enfermedad que se nutre de burbujas venenosas y de aguas he-diondas que se teñían de negro, olían a alquitrán y arrastraban irisados manchones de grasa al recibir los desechos de una fábrica de gas; la corriente entonces se hacía lenta, las ondas eran viscosas y se arrastraban con pereza, serpeaban entre bordes deslavados, y a lo lejos, al reflejar el cielo de la mañana, se tornaban en brillante galón de un azul delicadísimo.

Volutas impuras se desprendían de los techos de los jacales, el perro, confundido con cerdos y gallinas, el perro salvaje, el perro hosco de rancho, el husmeador del muladar, inquietado por la muchedumbre, lanzaba un ladrido pertinaz y desesperado.

En pleno llano se levantaba del suelo una nube de polvo sofocante, y crecía para envolver a la muchedumbre; de su seno gris no surgían más que el bus-teo de los soldados, la grupa de los caballos y el ale-teo rojo de las banderas. El populacho seguía con difflidos el compás de un paso doble que tocaba la banda. Y la multitud que desbordaba las calles estrechas, se perdía como una mancha en la inmensidad de aquel llano monótono, seco, trágico.

Vasta extensión gris donde rastreaban miserables e hirsutos pastos, carbonizados allá, muertos más lejos por la lepra blanca del salitre u orlados por amari-

llenta peluza. Un montículo de tierra, la osamenta de un asno, blanqueada por el sol, una planta enana, interrumpían aquella mansión de tonos cadavéricos de una tierra infecunda, asoleada, muerta. A la derecha, entre doble hilera de chopos escuetos, corría la vía de un ferrocarril, plataformas, furgones color de ocre y vagones abandonados, cubrían la fachada de una estación con techo de lámina; a la izquierda se alzaban los bordes de una zanja, trepados por taciturnas ortigas de flores anémicas y terrones de lodo endurecido, de donde colgaban reseca espadañas, que enmarañadas en las grietas hacían pensar en las cbelleras de no sé qué muertos mal enterrados.

Y en el fondo del paisaje, como si fuese una ruina, se erguía la Escuela de Tiro, aun no concluida, por el ojo de un arco se miraba un trozo de limpio azul y un vellón de nube, única nota serena y dulce en aquella soledad patética.

Las ráfagas refrescantes de la mañana pronto se calentaban en aquel suelo bañado de sol. Las tropas, empolvadas, formaban el cuadro, la plebe trepaba a las eminencias, se echaba por tierra y lanzaba comentarios al aire libre. Veíanse pulular puntos negros en la lejanía, sombreros de palma, las manchas de color vivo de una frazada, la blancura de una manta, el azulear de los rebozos de las mujeres... coches de sitio con gentes hasta en el pescante, jinetes al galope, toda esa abigarrada pléyade que denuncia las ferias, las grandes paradas y los desórdenes.

Niños rojos de fatiga, con el sombrero en la nuca, la corbata deshecha, las medias destacadas y caídas sobre el zapato, blanco de polvo a manera de polainas, jadeantes y empapados en sudor, querían ver, metían la cabeza entre dos espaldas de lépero, se abrían camino con los codos, se aventuraban entre las ancas mismas de los caballos, que se estremecían cosquilleados por la vaya que tenían atrás. Los que

llevaban reloj decían que ya la hora se acercaba, y todos miraban con impaciencia, la menor polvareda hacía correr un estremecimiento en aquel mar humano; todos se empujaban, se empinaban para ver; un señor de edad se subía sobre los hombros a un niño rubio, en cuyas pupilas de un límpido azul se adivinaban mil preguntas; otros abrían quitasoles blancos, las mujeres, sombrillas de color, mientras que los jinetes se paraban en los estribos dominando aquel mar de cabezas; un pilluelo atrevido había logrado que lo dejaran pararse en el techo de un coche, y sus amigos, para no fastidiarse, apostaban a quien tiraba más lejos una piedra.

El calor crecía, el sol picaba, las mujeres hacían de sus rebozos una capucha protectora; algunos varones improvisaban con el pañuelo un quitasol, o se cábaban la frente y el hule de sus sombreros, dándose aire con éstos. Las posturas denunciaban el cansancio, parábanse todos en un pie y los despreocupados, por último, tendían un paleacate en el suelo y se sentaban abrazándose las rodillas.

De la estación cercana se escapaban algunos ecos: el soplo intenso del vapor de una locomotora, sonoros martillazos, silbatos de aviso y una máquina lista a partir, sola en medio de la vía, llamaba la atención de los curiosos. Brillaban, heridos por el sol, el émbolo, la campana de bruñido bronce y las cintas de cobre; un hombre, una mancha con blusa azul, aceitaba las ruedas; tras dos cortos silbidos avanzó lentamente, sonando su campana: iba a quitar de la vía unas plataformas cargadas de piedra.

Ya se había formado el cuadro, un inmenso cuadro; rielaba la luz en el metal de las armas y de los uniformes; interrumpían la corrección de las filas alineadas los tambores e instrumentos de los músicos por tierra. Los oficiales un paso al frente, los jinetes que recorrían la línea, y sobre las cabezas los

guías rojos y las banderas. Un punto negro, un perro, se había deslizado hasta el centro; quizá le espantó hallarse en aquella extensión, cerrada por una muralla humana, que echó a correr desesperadamente en medio de la atroz sedicilla del populacho. Y allá en el fondo se erguía un montículo, el lugar donde paraban a los reos; no sé qué planta carbonizada lo coronaba. Se abatían en ella algunas aves juguetonas, que parecían las flores negras de aquellas ramas escuetas y torcidas.

¡Ahora sí! . . . . Hubo un largo estremecimiento, sonó una corneta, después otra y fueron corriendo los toques y oyéndose más débiles a lo lejos. . . . ¡Sí! . . . . Allá, envuelto por el polvo, venía un coche escoltado por la Gendarmería Montada, al galope, y detrás, callendo y levantando, una ola de pueblo. . . . El desorden era incontenible, los caballos se encabritaban, los cuellos se tendían y de las secas bocas se escapaba un soplo jadeante de curiosidad y de emoción.

Fué una rápida aparición; el coche pasó a la carrera, en medio de un murmullo que crispaba por su significado; apenas se podía ver el sorbete de un repórter en el pescante, dentro del coche un soldado sin kepís, rapado a peine, con los ojos bajos; un fraile muy pálido con un crucifijo en la mano, y el puño de la espada de un militar; el vehículo se detuvo a lo lejos. No había en aquel momento más que un solo latido en la inmensa multitud, una sola respiración, una sola mirada intensamente fija en aquel montículo donde los pájaros retozaban.

El silencio era absoluto. . . . el eco repetía los gritos del Mayor que notificaba a la guarnición la pena que iba a sufrir el corneta. . . . y se oía muy claro el rodar de la máquina, que volvía sonando su campana y resoplando; aquella campana lenta adquiriría sonoridades elegíacas.

El coche se alejó; vióse un grupo de gentes vesti-

das de negro frente al montículo, un hombre pequeñísimo por la distancia, al que abrazaban. . . . una hilera de soldados, un oficial que producía un relámpago con la espada. . . . después fingía un a fondo, seguido de una descarga desigual. . . . un hombre que caía boca abajo, y entre la blanca humareda teñida suavemente de azul, la parvada de los pájaros que volaban azorados del montículo lanzando sus trinos y yéndose a posar en un alambre de teléfono.

La máquina se había enganchado a los vagones. . . . la campana volvió a sonar y se vió el desfile de los carros en cuyas ventanillas se destacaban los rostros de los pasajeros.

Las tropas desfilaban frente al fusilado, y al grito de ¡vista a la derecha! del oficial, respondió la despedida del silbato, tan agudo grito, tan intenso ¡ay! que parecía un sollozo desesperado. . . .

Un perro olía las manchas de sangre, y un oleaje bárbaro rodeaba un carro de ambulancia, todos corrían tras él, y en la muchedumbre, como un animal perdido, una mujer galopaba desesperada, llevando a la espalda un niño que reía tirándola de las trenzas, no sollozaba, lanzaba desesperantes alaridos, sacudida por el dolor, convulsa y bebiéndose dos hilos de gruesas lágrimas. . . .

La máquina silbó en la curva una vez más, y su penacho de humo, después de flotar lento en el aire, se abatió en el llano bajo el sol espléndido de un día alegre. . . . azul. . . . primaveral.



"YES"

Al Lirio

¿A dónde irá? La emoción, una gran emoción parecía espolearlo, se detuvo un momento frente a Palacio y frunciendo los párpados a lo miope, procuró ver la hora en la carátula iluminada interiormente del reloj. Nada lo detenía: el ir y venir de los coches, la llegada de los trenes que desocupaban los pasajeros para que otras gentes los tomaran por asalto en medio de mil ruidos, las bocinas, los cascabeles de las mulas, los campanillazos del conductor anunciando la partida y el chirrido de las ruedas en las curvas. Raros vendedores levantaban sus puestos y poco a poco se quedaba solo el enorme cuadrilátero, los focos lanzaban su claridad, iluminando crudamente el pobre follaje de los arbolillos del Zócalo; en el kiosco una banda daba comienzo a un potpourrie de una ópera italiana empalagosa; él se detuvo a oír y

aun tararé un motivo, no era, pues, un dolor el que que así lo impelía sabe Dios dónde.

Algunos artesanos con paraguas daban vueltas por las estrechas callecitas, retardados viejos terminaban su disputa políticoreligiosa en una banca de hierro y un nevero de brazos y piernas desnudas, poniéndose la mano tras la oreja, lanzaba al retirarse el último grito: ¡canutoos nevados! Una vendedora de turbias aguas frescas acomodaba los vasos en un cesto y un mendigo, sin piernas, se arrastraba por el mármol lanzando plañidera súplica.

De las iluminadas calles de Plateros salía de madre doble cordón de gentes de todas clases y categorías, que se retiraban a sus casas, después de haberse detenido en los esplendentes escaparates. Señoras de capota, señoritas que reían, viejos de paso tardo, lechuginos. . . ese público de las horas de movimiento indescriptible y bullicioso.

En los mal iluminados portales la multitud se co-deaba, enjambre gárrulo de pilluelos corría, como si les sirviesen de alas los periódicos húmedos aún que voceaban, tristes lámparas de petróleo iluminaban los puestos de dulces baratos, más tristes al comparalas con el incendio de lámparas incandescentes que en una sombrerería arrancaban chispas a los galones y toquillas de los sombreros charros, la gente pobre formaba bola ante una joyería de alhajas falsas mirando el autómata de un reloj, los de estómago fuerzate comían carnes frías de venta en un zaguán tapizado de sábanas, y en medio del ir y venir incansante, abriéndose paso con andar rápido, una costurera atravesaba, seguida al disimulo por un viejo de capa con vueltas púrpura, secretario de una sociedad católica. Y el individuo aquel no se intimidaba, seguía avanzando sin fijarse en nada, contestó dos o tres saludos. ¿A dónde irá? ¿a alguna reunión casera? Pero era demasiado temprano y se leía en su

rostro una honda preocupación que lo hacía saludar de prisa y evitar los encuentros.

¿Habla solo? Solía sonreír, no eran, pues, un enfermo, un quehacer penoso los que lo hacían dejar sin una mirada a aquel grupo de señoritas que esperaban un tren. . . . Una avalancha de funcionarios públicos, cargados de rollos de papel, salía de una cantina hablando recio, y una infeliz, una casi anciana obesa, atraía con su dulce menear la atención: era una de esas pintada a la aguada que arrancaba de una señora respetable que iba con su marido, un:

—¡Vaya una antipática!

Ponían las tablas de algunas casas de comercio, en la bocacalle atravesaban grupos que iban al teatro, porque las señoras llevaban flores en la cabeza y abrigos de color. . . . ¿Iría el peatón al teatro? No, se conformó primero con ver el enorme programa y después se metió a la cantina para encender su cigarrillo en una lamparilla.

—¡Adiós, Salas!

¡Ah, se llamaba Salas! ¿Por qué huía de los amigos que lo saludaban cariñosamente? ¡Vaya usted a saber! Y andaba recio, he ahí que se ha llevado tres calles sin parar, que ha dado un empujón a una mosca desvelada de tapalito que ha querido detenerlo.

Ahora sí, afloja el paso, comienza a entrar a las calles solas, y ahí como que da rienda suelta a su nerviosidad, porque gesticula, hace ademanes y ve la hora en una tienda. ¿Será temprano aún? Ya no se precipita. . . .

¿Qué puede atraer así a un muchacho soñador como ese? Va a llover, ¡ni una estrella! En el negro de la noche siluetas más negras aún parecen descender, allá en el lejano Sur, relámpagos descoloridos destacan un segundo el rebaño de nubes amontonadas, si, va a llover, ya sopla un vientecillo mal oliente y caen las primeras chispas. . . . No le importa,

tiende la mano, mira al cielo amenazante y prosigue Salas su caminata.

Se ha estremecido, en una calle obscura, pegados a la pared, se besaban dos del pueblo, les ha lanzado una mirada de cariño envidiándolos. Lo ha hecho saltar el ladrido de un perro que salía de una casa de vecindad a todo escape, persiguiendo a un muchacho que llevaba una canasta vacía y que se mete a una tienda chiflando.

Ahora sí, se ha detenido, voltea, parece presa de vaga angustia; tira el cigarro, enciende otro temblándole las manos, avanza vuelve sobre sus pasos, suspira fuerte porque se ha fatigado, se echa el sombrero atrás y se seca el sudor. . . . escupe. . . . más bien quiere escupir, pero no puede, tiene la boca seca.

Parece que se dice: ¡ánimo! y avanza con resolución algunos pasos, pero lo acomete inesperada cobardía, y helo ahí, indeciso, junto al torcido poste del teléfono. . . . ¡Eso es, de una vez! Paso a paso se adelanta procurando perderse en la media vara de sombra que arrojan al piso las cornizas de las casas, mira a la acera de enfrente, se refugia en un zaguán, silva muy quedo. . . . ¡Mira a aquel balconcito pobre? ¡Ahí, al verde, al que tiene una palma bendita atada al barandal, y una cortina rayada de rojo, recogida fuera del mismo? Se adivina el globo deslustrado de un quinqué tras los visillos. Es poeta, sí, es poeta; ha palidecido, devora con ansiosa mirada ese cuadrilátero de luz, torna a silbar, ha pasado un bulto que lo ha hecho sacudirse de pies a cabeza ¡oh felicidad! ahora sí es cierto: una sombra chinesca alza la cortina, es un talle de mujer, ¿qué dice con señas? . . . . Ha desaparecido y entonces automáticamente se lleva la mano al bolsillo; así, ahí está una moneda, un capital para su pobreza. . . . Ahora observa la entrada angosta, el zaguán mal ilumi-

nado. . . . Sale un mozo, dos niños después que corren gritando, y por último una vieja jesa es! Sí, es ella, se pasa de frente, pero a la vuelta se detiene, él la alcanza.

—¿Qué hubo?

—Aquí está. . . . (Es un sobre diminuto el que le entrega.)

—Tenga usted. . . . (Dándole una peseta con aire vergonzante, como se da el dinero a los médicos.)

—Gracias. . . . y ya me voy.

—Dígale que. . . . que. . . . No le diga nada. . . . Sí, oiga. . . siempre dígale que le escribiré mañana. . . . Adiós. . . .

Ha comenzado a llover, se estrellan en las baldosas gruesos goterones, no le importa, lo único que quiere es llegar bajo del foco. . . . Ahí rasga el sobre. . . . lee. . . . nada le importan las disculpas. . . . no, busca unã sílaba. . . . ¡Lo quiere o no? Sí, dicen dos letras mal hechas pero claras, y las mira horas enteras sin que le importe que la lluvia lo empape. . . . sí, sí, sí lo ama; sí, sí, sí, repite él con acento descompuesto. . . .

¡No sabía lo que significaba esa sílaba leída con el alma por la primera vez!